

BIBLIOTECA



Rodaje de *El expreso de Shangai*

Rosa Leveroni: una palabra herida*

«Nada hay más nostálgico por definición. El nombre mismo evoca la idea de aislamiento y, por consiguiente, la de huir de los demás y encontrarse a sí mismo». Con estas palabras, el historiador rumano Alejandro Cioranescu –durante los últimos cincuenta años de su vida exiliado en la isla de Tenerife– desmitificaba un territorio tan propicio, a lo largo de la historia de la literatura, para la candosora invención mitológica y las utópicas nostalgias de la razón. En efecto, la isla está desmembrada de una porción mayor de tierra, es una región transterrada, una geografía de periferia con todos sus flancos abiertos a la monotonía del mar circundante; sin embargo, esta disyunción, en primer término territorial, supone un desajuste, distancia o imposibilidad de comunicación, una quiebra espiritual para quien se siente, en ella, desplazado. La poesía de Rosa Leveroni (Barcelona, 1910-1985)

* *Rosa Leveroni, La casa desierta y otros poemas (poesía publicada y poesía inédita), prólogo de Vinyet Panyella, traducción de Rosa Lentini, Igitur / poesía, n.º 17, Tarragona, 2000*

visita esta «pulcra tierra firme del silencio» sin haber residido nunca en una isla. Porque en su mar sin velas, en las aguas adormidas del puerto, en el letargo de las horas que impiden el viaje y en la vida pesarosa e indiferente de estos seductores paraísos, los sueños y deseos del hombre se pierden en la sequedad de sus arenas, junto al «mudo grito de desespero» de los botes abandonados en la orilla. Ya lo dijo Pedro Salinas, «un paisaje es un estado del alma»: el espacio desarraigado de la isla es la réplica cartografiada del cerrado recinto de la poesía de Rosa Leveroni, un conato de vida y pasión inmerso en la vastedad de un océano de incompreensión, el grito desesperado de quien se ha quedado a la orilla del mundo, contemplando cómo todo sucede más allá del puerto, en alta mar, en el afuera de su interior exilio, más allá de su aislamiento.

(...)

He vuelto de las islas del sueño
con las velas colgando, cansadas.
En el puerto, cansados rostros, vacía
[la mirada,
la tristeza incurable de las cosas.

(...)

En este punto, no resulta insensato aproximar la obra de la autora catalana a la de Josefina de la Torre (Las Palmas de Gran Canaria, 1907), no por ser mujeres y poetas coetáneas, sino por erigir ambas un universo lírico esencialmente desdi-

chado. La voz de la poeta insular –muy próxima, por intuición poética y trato personal, a la generación del 27– se emite desde el vacío; la mujer y sus contingencias se anulan por completo; su huera realidad, la del cuerpo y el alma, se deslizan por el hueco por donde dejarán de existir. A través de él, se recibe la visita del pasado, lo irremediable bergsoniano –la infancia de *Versos* y *estampas*– o se atrae la incertidumbre de lo posible –el futuro de *Poemas de la Isla* o *Marzo incompleto*, el amante y la hija que se anhelan, se convocan, se buscan denodadamente, y a los que se renuncia cuando se saben sabor de imposibles. Toda la poesía de Josefina de la Torre es puro lugar de aparición: ella desaparece para que aquello que se fue sin más, desapercibido en el correr de las horas, adquiera, mediante la memoria, una fisonomía y cierta estabilidad, y lo que no es porque aún no ha sido se retrotraiga de sus confines al tiempo del poema. El poema es, por tanto, un espejo en el que Josefina presentifica lo que, en rigor, carece de existencia; su voz no canta el tiempo concreto del presente, se embebe en la interioridad de su yo y «desciende –con las palabras de María Zambrano– hasta los «ínferos» del alma, de la psique, hasta la zona psicofísica»¹. Ensimismada como Pené-

lope, su única acción es el eterno ensoñar, la invención de sí misma, niña ayer, madre mañana, para así esperar todos los días de su vida, soñando o evocando ausencia. Para Rosa Leveroni es también el amor el único sustento de su vida y, de hecho, aparte de los ecos que la guerra dejó en sus composiciones de los años cuarenta, todos sus sentimientos y reflexiones giran en torno a este principio vital de su existencia. Sin embargo, la palabra no brota con la plenitud del goce, sino con la punzante ausencia del ser amado. La única manera de anular su mismidad y liberarse de su encierro se la ofrece la apertura del *eros*, un desplegarse y salir de sí para recogerse en la intimidad compartida, la dicha de otro tiempo que hoy sólo puede evocar. Como Josefina, también habrá de soportar la inútil espera en el puerto, con los ojos escudriñando el horizonte, día tras día creyendo descubrir, en la llanura desierta, las velas que anuncian el regreso del amante. «Del sueño el hilo tejía y destejía, / Penélope devota hacia una sombra / de amor ido». La vida se estanca, los seres, las conversaciones, las circunstancias cotidianas desaparecen, absorto el ánimo en el dolor de la ausencia. El amor que la consume y desborda la palabra emite su voz doliente sin hallar respuesta; la intransitividad del sentimiento, la conciencia trágica de su estar aislada y la distancia insalvable que la

¹ *María Zambrano: Notas de un método, Mondadori, Madrid, 1989, p. 83.*